

Si tuviera una arpa de oro
 La pulsara entusiasmado,
 Y en las alas de la noche
 Te enviaría dulces cantos.
 Si pudiera, mensajero
 De mi amor, el aire manso
 Te llevaría el perfume
 De las rosas de mi pátio.
 Y si en mi arbitrio estuviera,
 Te haría llegar los lánguidos
 Suspiros de los zenzontlis,
 De la luna enamorados.
 Si lograra trasportarme
 Por un momento á tu lado,
 Yo mi laúd pulsaría
 Tus mil hechizos cantando.
 Soñaría con los ángeles
 En jardines encantados,
 Con las estrellas del cielo
 Castillos de luz formando.
 Pidiendo á la hermosa noche
 Y en tus haldas reclinado,
 Guirnaldas para tus sienes,
 Ambares para tus lábios.
 Alzando á Dios juntamente
 Y enlazadas nuestras manos,
 Para que Dios bendijera
 Nuestro castísimo lazo.
 Mas si es inútil mi anhelo
 En tu divo cumpleaños
 Mi alma en las alas de un ángel
 Y henchida de amor te mando.—
 Tañe triste la campana
 De la media noche, en tanto
 Canta un zenzontli y la luna
 Vierte sus destellos mágicos.

EL BARRIO DE LA PARROQUIA.

[Casa paterna, Mayo 21 de 1852.]

I.

El barrio de la Parroquia
 Goza de una fama inmensa,
 Que son sus pátios jardines,
 Su agua es potable y muy buena.
 En él moran las mas lindas
 Muchachas, las mas apuestas;
 Madrugan como las aves
 Y cantan dulces como ellas.
 Perfumadas, rozagantes,
 Cual las blancas azucenas,
 Con el pudor en el alma,
 Como los niños traviesas.
 Son cual botones de rosa
 Por su cándida belleza,
 Luce el amor en sus ojos
 Y en sus lábios la inocencia.
 Son hermanas de los ángeles,
 ¡Tanto así algunas son bellas!
 Hacendosas en su casa,
 Y en el estrado discretas.
 Con los pobres humildosas,
 Con los ricos altaneras,
 Son tesoro de virtudes.
 De esas virtudes domésticas.
 Las mas de ellas pertenecen
 A la santa clase media,
 Con su destino avenidas,
 Viven dichosas, contentas.

Pobres de trages de gala,
 Ricas de nobles creencias,
 Valen mucho por su honra,
 Valen poco por su hacienda.
 Son buenas hijas y hermanas,
 Son amigas verdaderas,
 Serán sublimes esposas,
 Serán las madres mas tiernas.
 El barrio de la Parroquia
 A los mas tristes alegra,
 Que es barrio de regocijo,
 Un barrio siempre de fiesta.
 Sus casas de un solo piso
 Son primorosas viviendas,
 Llenas de fresco y de flores,
 De sombra y perfumes llenas.
 Que al pasar por sus ventanas
 Véense al traves de las rejas
 Jaulas de vistosos pájaros,
 Bancos de lindas macetas.
 Las paredes tapizadas
 Con trepadoras ó yedras,
 Y bosquecillos de lilas
 Que los céfiros olean.
 Doquier se oyen armoniosas
 Las acordadas vihuelas,
 Las favoritas canciones
 Que en boga están por honestas.
 Véense en las noches de luna
 Estrados en las banquetas,
 Y á aquella luz peregrina
 ¡Cuán alegremente juegan!
 Mezclándose alborozados
 Y con bizzarria extrema
 Los mancebos arrogantes
 Con las tímidas doncellas.

II.

En la estacion de las aguas
 El barrio es una floresta,
 Que reverdecen los pátiós
 Como embalsamadas vegas.
 Los domingos por la tarde
 Forman estrado en las puertas,
 Pues se llenan las ventanas
 Y se cubren las banquetas
 De donosas señoritas
 Que aderezadas se sientan,
 Viendo deslizar alegres
 A toda la concurrencia.
 Grato es el golpe de vista
 Que aquella calle presenta;
 Siempre el paseo del Cármen
 Tiene una atraccion inmensa.
 Se ven los propios estrados
 Llenos de hermosas doncellas,
 De caballeros cumplidos
 Y de matronas soberbias,
 Cuando el Córpus afamado
 Del Pilar, alegre llega,
 Y un devoto novenario
 Tiene lugar en su Iglesia.
 Y hay vísperas y maitines
 Ya concluida la nóvena,
 Y fuegos artificiales,
 Y una misa á toda orquesta.
 Se ven los propios estrados
 En esas calles que ostentan
 Arcos con lindas palomas,
 Lazos que en el aire ondean,

Con tápalos de burato,
 Bandas de brillante seda,
 Chales de bordado punto,
 Ricos pañuelos que albean.
 Adórnanse con naranjos
 Trecho á trecho las aceras,
 Las ventanas con cortinas,
 Los zahuanes con macetas.
 La procesion se adelanta
 E híncanse todas las bellas,
 Cuando han pasado los ángeles,
 Las imágenes egrégias;
 Y ante la Reina del Cielo
 Arrojan flores y décimas,
 Y el aire con el murmurio
 De dulces voces se puebla.
 ¡Cómo es simpático el templo
 Durante las largas siestas!
 ¡Qué olor despiden las rosas!
 ¡Cuál cantan aves parleras!
 Turnándose las hermosas
 Ván á velar en la Iglesia,
 Y son oscuros sus trages
 Aunque de lujosa seda.
 Un profesor de piano
 Toca overturas selectas,
 Y otras piezas se ejecutan
 Por la música de cuerda.
 Rodeándola los ángeles
 Tras nubes de olor espesas,
 En su columna de plata
 Brilla la Vírgen excelsa.
 Lo propio siempre acontece
 Cuando en esa pobre Iglesia
 Está espuesto el Soberano
 Señor de cielos y tierra.

III.

En este barrio dichoso
 Nació mi adorada prenda,
 Y en la casa del *Manzano*
 Si no han mentido las señas.
 En su seno todavía
 Por dicha del alma alienta,
 Que es este barrio bendito
 Concha de tan digna perla.
 Misa de diez los domingos
 Se dice en su humilde Iglesia,
 Y concurren cien hermosas
 Con la piedad mas sincera.
 Irá mi preciosa vírgen,
 Ván sus hermanas con ella,
 Y yo tambien por seguirla
 Asisto á las santas fiestas.
 Hoy ayuda de parroquia,
 Es muy antigua la Iglesia;
 Su construccion tan pesada
 Ni arte ni gusto revela.
 Grandes maderos la envigan
 Sin ser ni baja, ni estrecha,
 Con su capilla adyacente
 Al átrio dando sus puertas.
 De sus blanqueados muros
 Algunos retablos cuelgan,
 Y aquellos confesonarios
 Su antigüedad manifiestan.
 Es el órgano pequeño,
 No son sus estátuas bellas,
 Pero es con todo atrayente
 Por su humildad y pobreza.

De su ancha y antigua torre
 Cuando las campanas suenan,
 De aquellos vecinos barrios
 Todas las gentes se alegran.
 El átrio humilde decoran
 Fresnos de copas espesas,
 En frondosidad tan ricos
 Que todo el átrio sombrean.
 Cantan todas las mañanas
 Entre sus frondas risueñas,
 Las aves que por las noches
 En blandos nidos se acuestan.
 Ella á sus sombras, de niña,
 Iba á jugar placentera,
 Quizá en las noches de luna
 O en las tardes de cuaresma.
 Cuando divisa sus árboles
 Hoy todavía se acuerda
 De los cuadros apasibles
 De su infancia pasagera.
 En las huertas de este barrio
 Dán las familias meriendas,
 Que cual las huertas del Cármen
 Son afamadas sus huertas.
 En el Viérnes de Dolores
 Todo el barrio está de fiesta:
 ¡Qué magníficos altares
 Ponen las niñas aquellas!
 Envidian sus gayas flores
 Las familias opulentas,
 Sus bailes de fantasía
 Y sus tertulias caseras.
 ¡Bendito barrio tan lindo
 Que hasta á los tristes alegra,
 Con sus doncellas donosas,
 Sus vergeles de azucenas!

X.

LA CITA.

[Casa paterna, Junio 2 de 1852.]

En la Catedral altiva
 Llamando á coro esquilean,
 La ciudad yace en silencio
 Cual si durmiese la siesta.
 En los vecinos relojes
 Sonó hace poco la media
 Para las tres, y á tal hora
 Véñse cerradas las tiendas.
 No hay mendigos en las plazas,
 Las calles están escuetas,
 Uno que otro transeunte
 Con afán las atraviesa.
 Del Convento Franciscano
 La esquila mas alta suena,
 Prolongándose en el aire
 La plegaria lastimera.
 Con el calor languidecen
 Los fresnos de copas bellas
 Que ornan de la Compañía
 La despejada plazuela.
 En tanto se oye el murmullo
 De su gran fuente de piedra,
 Cuya cristalina lluvia
 Aquel ámbito refresca.
 Arrebatando la vista
 Aquella cercana Iglesia
 Cuyo pórtico grandioso
 Digno es de un templo de Aténas;

Que su magna arquitectura
 Trasporta la mente á Grecia,
 Cuando imperó de las artes
 La única señora y reina.
 Bajo enramadas espenden
 En los puestos de agua fresca
 Vasos de piña y jocuistle
 Las vendedoras apuestas.
 Dormitan en los portales
 Las indígenas fruteras,
 Sentadas sobre las lozas
 O en el dintel de las puertas.
 Do estienden con gallardía
 Húmedas hojas de higuera,
 En las que airosas levantan
 Pirámides de ciruelas.
 Las gustosas pitajayas
 Y los melones se ostentan
 Con las caladas sandías,
 Las pitayas y las brevas.
 Las olorosas naranjas
 Y las preciadas panelas,
 Y en cantaritos de barro
 La dulce miel de colmena.
 En son de cántiga estraña
 Ván las indias *jocoqueras*
 De puerta en puerta anunciando
 Su tan sabrosa encomienda.
 En las anchas bocacalles
 Vários neveros vocean,
 Parándose en las esquinas
 O en las antiguas aceras.
 A esta hora día tras día
 Dejo la casa paterna
 Y calles cruzo y mas calles
 Hasta donde amor me lleva.

Ven, Elodia, á nuestra cita,
 Mira que este sol me quema,
 Y es la hora en que tu madre
 Deberá dormir la siesta.
 ¡Cuántas flores tiene ahora
 Tu jazmin, la madre selva!
 ¡Qué olor el de esos naranjos!
 ¡Quién á su sombra estuviera!
 Los zenzontlis en sus jaulas
 Casi en silencio gorjean,
 Y amorosas las palomas
 En casto arrullo se besan.
 Bajo el sombrío del pátio
 Apareces—¡cuán risueña!
 Saliste, Elodia, del baño,
 Vienes estilando perlas.
 Con tu veste de anchos pliegues
 Avanzas hácia la puerta,
 Me traes entre los lábios
 Una olorosa mosqueta.
 Antes de dárme la, Elodia,
 Angel de mi vida, bésala,
 Si me niegas un capricho
 ¿Porqué el alma no me niegas?
 Rojas están tus megillas,
 Suspiras, te turbas, tiemblas,
 Llevas la flor á tus lábios,
 Me ves y entónces la besas.
 Voy á estrecharte las manos,
 Dulce amor, y huyes ligera,
 Perdiéndote entre el follage,
 Dejándome la mosqueta.—
 Me marchó envuelto en mi capa,
 Que á las tres, de órden espresa,
 Del Colegio y de las cátedras
 Tienen que cerrar las puertas.

XI.

LA ESQUILITA DEL CARMEN.

[Casa de mi amada, Julio 16 de 1852.]

I.

¡Cómo suena esa esquilita
 Dando vueltas en el aire
 En estas tardes de Julio
 Sobre el convento del Cármen.
 En la lujosa Capilla
 Perfumados cirios arden,
 Y entre odoríferas flores
 Se alza la divina Imágen.
 En tal estacion florecen
 Algunos blancos rosales,
 Cuyos pálidos botones
 Perezosamente se abren:
 Y en esos huertos cercanos
 Forman las frondosas calles
 En flor ya las maravillas,
 Y en fruto los duraznales.
 Si empapa á veces la lluvia
 Los árboles y follages,
 ¡Es de la húmeda tierra
 El tibio olor tan suave!
 Se escuchan tales ruidos
 Al espirar de la tarde,
 Se aspiran tales perfumes,
 Se evocan recuerdos tales,
 Que al caer la tardecita
 Puedes venir si gustares
 A visitar á la Vírgen,
 A admirar estos paisages.

159.

II.

En tu corredor tan fresco
 ¡Cuál se goza por las tardes
 Cerca de matas floridas
 Que están perfumando el aire!
 Bañan con su rubia lumbre
 Los purpurados celages,
 A los donosos arbustos
 Y á las frondas de los árboles.
 El gallardo guitarrista,
 Mancebo altivo y galante,
 ¡Cuál saca de su instrumento
 Notas de amor celestiales!
 Y tu hermana menor canta
 Como no cantan los ángeles,
 El triste adios de *Palmira*,
 Y otras canciones amantes.
 Luego tú el *Feliz Hallazgo*
 Suspiras con voz suave,
 Y aquel cántico de *Eloisa*
 Tan triste, tan inefable.
 Y vá la noche cayendo,
 La luna entre nubes sale,
 Y diviniza tu rostro
 De encantos angelicales.
 ¡Cuánta dicha es comprenderse!
 ¡Qué felicidad amarse!
 ¡Cuál se anticipan el cielo
 En la tierra los amantes!
 Ven para verme en tus ojos,
 Que son los ojos de un ángel,
 Miéntras que se oye á lo léjos
 Nuestra esquilita del Cármen.